



CAPÍTULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.



ENTRE muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote:—Finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par, porque no le tiene así en la grandeza del cuerpo, como en el estremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina¹ á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa gigante de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria muger del mundo². Llegué, víla, y vencíla³, y hícela estar queda y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en pe-

¹ Palabra italiana, adoptada por Cervantes: significa la madrastra, cuyo nombre dió Ovidio (*Metamorph.* 1, 9 v. 134) á Juno, por haber hecho los oficios de tal con Hércules, hijo de su marido Júpiter y de otra muger, influyendo en el destino ó sentencia de los doce famosos Trabajos á que fué condenado.

² La Giralda (de que tratan los historiadores de Sevilla) es en efecto una figura de bronce, de la altura de cuatro varas y media. Representa á la victoria, aunque segun la inscripcion latina, que hizo el año de 1569, el erudito canónigo Francisco Pacheco, representa á la fe. Vulgarmente se llama *Giralda*, del verbo girar, ó dar vueltas. Pesa veinte y ocho quintales: tiene en la mano derecha un ramo que pesa dos quintales, y en la izquierda una vela ó bandera, tambien de bronce, que pesa cuatro, y moviéndose con suma facilidad y ligereza, señala ó denota el viento que sopla. Sirve esta figura de remate á la torre que se tiene por obra de los moros, y estriba sobre un grueso pernio de hierro, que cala por la torre abajo. (*Morgado: Espinosa: Rodrigo Caro: el Barón de Dillon, que la estampó en sus viajes de España.*)

³ Alusion al dicho de Julio Cesar: *veni, vidi, et vici.*

so las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra, ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relacion de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano, es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea: y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal Don Quijote, que digo, los ha vencido á todos, y habiéndolo yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona,

Y tanto el vencedor es mas honrado,
Cuanto mas el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote. Admirado quedó Don Quijote de oír al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo:—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.—¿Cómo no? replicó el del Bosque: por el cielo que nos cubre, que pelée con Don Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos: cam-

pea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada que la hará dar crédito á la misma incredulidad.—Sosegaos, señor caballero, dijo Don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber, que ese Don Quijote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos, no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmacion desto, quiero tambien que sepais, que los tales encantadores, sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso, en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á Don Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo Don Quijote que la sustentará con sus armas á pié ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pié y se empuñó en la espada, esperando qué resolucion tomara el caballero del Bosque, el cual con voz asimesmo sosegada, respondió y dijo:—Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras, y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare.—Soy mas que contento desa condicion y conveniencia, respondió Don Quijote: y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que esta-

ban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos, y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho:—Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígoles, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas.—Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo menos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto mas, que yo quiero que sea verdad y ordenanza espresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay mas, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.—Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: Yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mismo tamaño; tomareis vos la una y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales.—Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.—No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.—Mirad, ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas, ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de

quitarnos las vidas, sin que andemos buscando appetites para que se acaben antes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras.—Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora.—Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortes, ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea, cuanto más, que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas?—Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es que antes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas, que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.—Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte, si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejen manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el virote: aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.—Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios, y medraremos. En esto ya comenzaban á gorgear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófara: los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza, fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacía sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado como de berengena: bajábale dos dedos más abajo



de la boca, cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pié y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas: la lanza que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos:—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea, si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion.—O vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme: y si ahora no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo.—Pues en tanto que subimos á caballo, dijo Don Quijote, bien podeis decirme, si soy yo aquel Don Quijote que dijísteis haber vencido.—A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mesmo caballero que yo vencí; pero segun vos decis que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no.—Eso me basta á mí, respondió Don Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos; que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensais. Con esto acortando razones subieron á caballo, y Don Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mesmo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado Don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar

del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo:—Advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor.—Ya la sé, respondió Don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.—Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las estrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto, que le juzgó por algun monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo¹ con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuese tras su amo asido á una acion² de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo:—Suplico á vuesa merced, señor mio, que antes que vuelva á encontrarse, me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.—Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros.—La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él.—Ellas son tales, dijo Don Quijote, que á no ser yo quien soy, tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mesmo habria hecho Don Quijote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un medianotrote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya

¹ Es un juego que consiste en dar un papirote en la nariz, poniendo el dedo de enmedio debajo del pulgar. Habla de él Julio Pollux, citado por Rodrigo Caro (*Dias Geniales*: diál. V, § 1,) que le traduce en latin, como se ha explicado ya en castellano: *Talitro ludere est medio manus digito, pollicis summisso, nasum ferire*. Este golpe que se daba y da con el dedo, temia Sancho que se le diese Cecial con sus fieras y postizas narices. La voz *pasagonzalo* parece se compone de verbo y nombre: esto es, *pasa*, *Gonzalo*: palabras que se dirian al descargar el papirotazo.

² La correa de la silla en que va puesto y pendiente el estribo.

